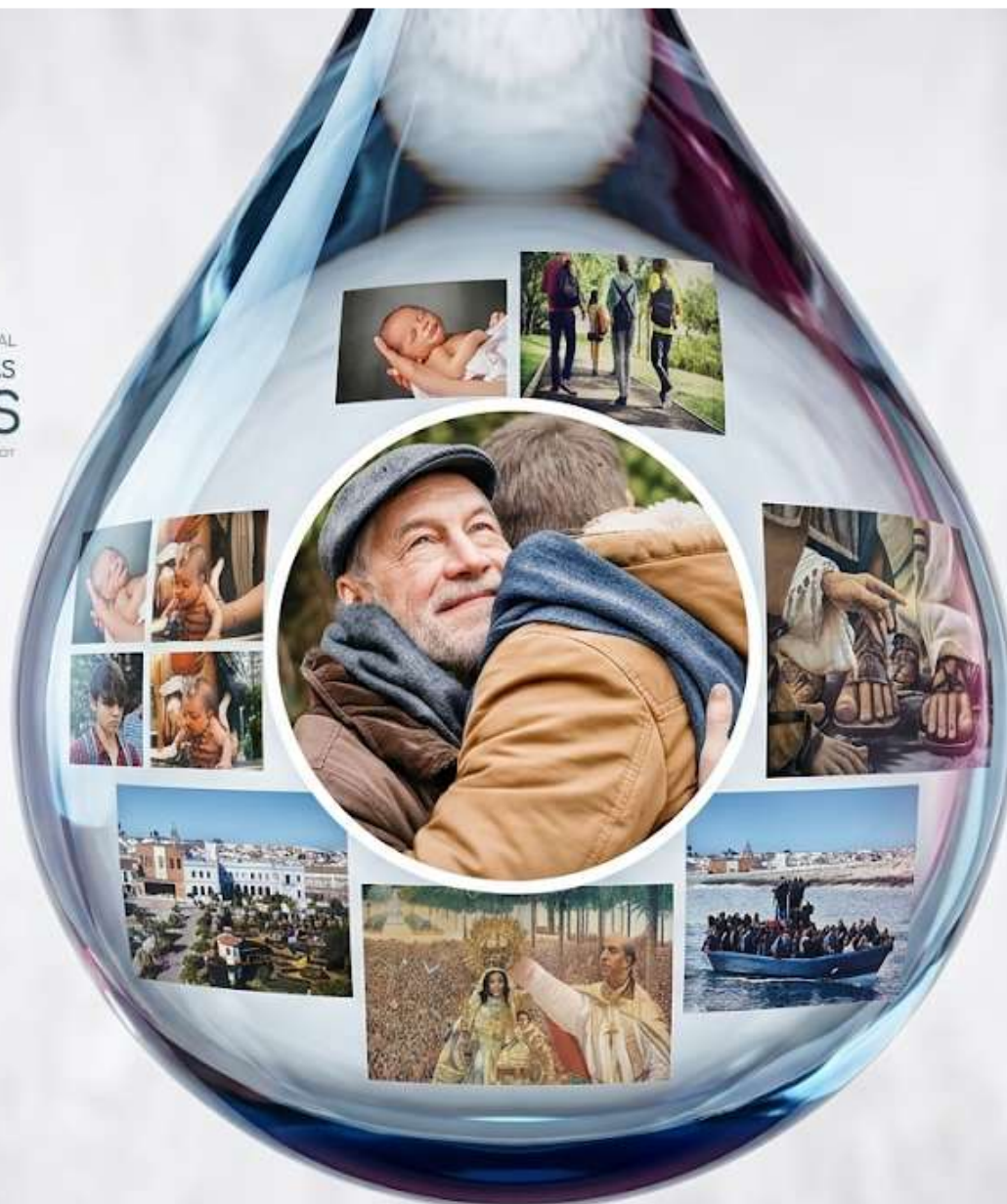




CENTRO DE FORMACIÓN PROFESIONAL
NUESTRA SEÑORA DE LAS
MERCEDES
FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA MANUEL SEBASTIÁN



El retablo del Camino: Una catequesis visual del Centro



(Para profesores u otros visitantes que no sean alumnos): Según entramos por la puerta principal, a la derecha tenemos un letrero con una frase de San Juan Bosco que llama nuestra atención **“demos bastante, si queremos conseguir mucho”** es sencilla en palabras, pero muy profunda en su sentido educativo y espiritual.



Don Bosco parte de una experiencia muy concreta: los frutos grandes en la vida (educativos, humanos, espirituales) solo llegan cuando uno se entrega de verdad. *“Dar bastante”* no se refiere solo a dar cosas materiales, sino sobre todo a tiempo, paciencia, afecto, presencia, sacrificio, coherencia. *“Conseguir mucho”* no es éxito inmediato ni resultados visibles rápidos, sino, crecimiento real de la persona, conversión del corazón, confianza, madurez, en definitiva, no se puede esperar transformar vidas si uno se implica poco.

Don Bosco habla como educador. Su mensaje es casi un “principio pedagógico”: El alumno no cambia porque le exijas mucho, sino porque le das mucho de ti. La autoridad no nace del cargo, sino del amor entregado y constante. La educación no funciona con mínimos, sino con generosidad desbordante. Un profesor que “da lo justo” obtiene lo justo. Un profesor que se implica, acompaña y cree en el alumno... multiplica los frutos.

Jesús lo dice de otra forma: *“El que pierde su vida, la encontrará”*

Y también: *“Dad y se os dará”* Don Bosco lo traduce a vida

cotidiana: El amor cristiano es fecundo cuando es generoso. No es: Cálculo, control, medida... Es: Entrega, gratuidad, confianza en que Dios hace crecer lo sembrado.

“Don Bosco nos recuerda que no hay frutos grandes sin entrega generosa. Educar, amar y acompañar exige dar tiempo, corazón y vida. Solo quien se da de verdad consigue transformar la vida de los demás.”

Podemos hacernos una pregunta al ver el cartel: ¿Qué estoy dando yo: lo justo... o bastante?

Ahora nos vamos hacia el patio del centro pasando por un pasillo en el que tenemos dos imágenes, a la izquierda, es la primera que se nos viene a la vista, es una imagen que conocemos, una patera llena hasta rebosar de emigrantes, y leemos el letrero que la acompaña: “Fui Forastero y me acogisteis” y enfrente unas manos luchan por salir de la alambrada, y su frase: “Tuve hambre, tuve sed, estuve preso...” Ambas imágenes se corresponden con Mateo 25, 35.



Mateo 25, 35-36: *“Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme.”* Estas palabras de Jesús no son una recomendación bonita. Son un criterio de vida... y también, según el propio texto, un criterio de juicio. Jesús se identifica directamente con el necesitado: lo que haces (o no haces) con los demás, lo haces con Él.

Esto tiene varias consecuencias muy concretas: Dios no es algo lejano, no está solo en la iglesia o en lo religioso. Está: en el que está solo, en el que lo está pasando mal, en el que nadie quiere.

El rostro de Dios aparece en las personas concretas.

No habla de “grandes cosas”, sino de lo cotidiano. Dice: dar de comer, acoger, visitar, estar, es decir, gestos normales, pero hechos con amor. Esto no va de “ONGs lejanas”, sino de nuestro día a día: En clase, ¿Paso del compañero que está solo? ¿Me río del más débil o lo integro? En casa: ¿Ayudo algo o voy a lo mío? ¿Soy agradecido o exigente? Con amigos: ¿Uso a los demás o me preocupo por ellos? ¿Sé estar cuando alguien lo está pasando mal? En redes sociales: ¿Construyo o destruyo? ¿Me burlo o respeto? Ahí se juega este Evangelio.

“Jesús se identifica con el que sufre. No nos pide cosas extraordinarias, sino amar en lo cotidiano. Cada gesto cuenta: acoger, ayudar, acompañar. En cada persona necesitada, es Cristo quien nos sale al encuentro.”

Avanzamos por el pasillo, y giramos a la derecha, pasamos por la arcada principal del patio, y al fondo, llama nuestra atención el pasaje de del Hijo Pródigo: “Me levantaré e iré a mi padre”.

Lucas 15, 11-32: «Un hombre tenía dos hijos; ¹²el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. ¹³No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. ¹⁴Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. ¹⁵Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. ¹⁶Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. ¹⁷Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. ¹⁸**Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre,** y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ¹⁹ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. ²⁰Se levantó y vino a donde



estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. ²¹Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. ²²Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; ²³traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, ²⁴porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. ²⁵Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, ²⁶y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. ²⁷Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. ²⁸Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. ²⁹Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; ³⁰en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el

ternero cebado”.³¹ Él le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; ³²pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Cuando vemos esta imagen, podemos pensar que es simplemente un padre abrazando a su hijo. Pero Jesús contó esta historia para decir algo mucho más profundo. El hijo de la parábola decide marcharse de casa. Quiere vivir a su manera, sin normas, sin nadie que le diga lo que tiene que hacer. Seguramente pensaba que así sería más feliz. Y al principio parece que sí. Tiene dinero, libertad y hace lo que quiere. Pero poco a poco todo se le viene abajo. Se queda solo, sin dinero y sin nadie que le ayude. Y entonces empieza a pensar que ha fracasado. Que ya no merece volver. Que su padre estará decepcionado de él.

Eso nos pasa también muchas veces a nosotros. A veces uno se pierde sin darse cuenta. No hace falta irse físicamente de casa. Uno puede perderse por dentro. Cuando piensa que da igual todo. Cuando deja de confiar en sí mismo. Cuando se acostumbra a vivir enfadado, vacío o sin ilusión. Cuando cree que ya no vale para nada o que nadie espera nada bueno de él. El hijo vuelve pensando: “Ya no merezco ser hijo.” Y aquí viene lo más importante de la parábola. El padre no se queda esperando con cara seria para echarle la bronca. No le humilla. No le dice: “Te lo advertí.” Ni: “Ahora te aguantas.” Al contrario. Cuando lo ve de lejos, corre hacia él y lo abraza. Y esto era algo muy raro en aquella época. Un hombre mayor y respetado no corría delante de la gente. Jesús cuenta así la historia porque quiere que entendamos cómo mira Dios a las personas. Dios no espera a que estés perfecto para quererte. No espera a que tengas la vida arreglada. No espera a que seas el mejor estudiante, el más responsable o el que nunca falla. Te quiere antes. Y eso cambia muchas cosas. Porque muchas veces vivimos pensando: “Si hago las cosas bien, valgo.” “Si fracaso, no valgo.” “Si decepciono a los demás, ya nadie creerá en mí.”

Pero Jesús dice otra cosa: aunque hayas fallado, aunque te hayas equivocado, aunque pienses que no mereces nada... sigues siendo hijo. Por eso el padre le devuelve el vestido, el anillo y las sandalias. No le trata como a un criado. Le devuelve su dignidad. Y quizá esto sea lo más importante para nosotros hoy. Hay personas que llevan tanto tiempo escuchando que son un problema, que son flojos, que no sirven para estudiar o que no van a llegar a nada... que terminan creyéndoselo. Sin embargo, Jesús nunca mira así a nadie. Jesús no reduce a una persona a sus errores. No mira solo las notas. No mira solo el pasado. No mira solo los fallos. Mira a la persona completa.

Y todavía hay algo más en esta historia. También aparece otro hijo: el hermano mayor. Ese que siempre había cumplido, que siempre había estado en casa y que se enfada cuando ve la fiesta que le hacen a su hermano. Porque a veces también nosotros pensamos: “¿Por qué ayudan tanto al que da problemas?” “¿Por qué parece que el bueno nunca cuenta?” Y el padre también sale a buscar al hermano mayor. Porque Dios no abandona ni al que se pierde lejos ni al que se endurece por dentro.

Quizá alguna vez te has sentido como este hijo: cansado, equivocado, decepcionado de ti mismo, o pensando que ya no tienes arreglo. Pues esta parábola dice justamente lo contrario. Dice que siempre se puede volver. Y que Dios no espera tu vuelta con un castigo. La espera con un abrazo.

*Giramos en redondo, y al volvernos, vemos que, en la pared frente a la arcada mayor, hay tres imágenes, que se corresponden con los cuatro rosarios (el cuarto se encuentra en la pared de la arcada menor). Y nos fijamos en la primera, que se corresponde con los misterios Gozosos (lunes y sábados): Es un bebé recién nacido, y entre sus cinco misterios, se remarca “**Nacimiento**”.*



Cuando miramos esta imagen del bebé recién nacido, puede parecer simplemente una escena tierna, una imagen bonita de un nacimiento. Pero el Rosario Gozoso quiere enseñarnos algo mucho más profundo.

Los misterios gozosos hablan de los comienzos. Hablan de una vida que empieza. Hablan de esperanza. Por eso el centro de esta imagen es un niño recién nacido.

En el Evangelio, el nacimiento de Jesús ocurre de una manera muy humilde. No nace en un palacio ni rodeado de lujo. Nace en un establo, en pobreza y sencillez. Y esto es importante, porque Jesús no quiso aparecer como alguien lejano o poderoso. Quiso hacerse cercano a cualquier persona.

También a nosotros. Muchas veces pensamos que Dios está lejos de la vida real. Lejos de nuestros problemas, de nuestras familias, de nuestros líos o de nuestras dudas. Pero el nacimiento de Jesús dice justamente lo contrario. Dice que Dios entra en la vida humana desde dentro. En un bebé hay algo que todos entendemos, aunque no lo expliquemos con palabras: cuando nace un niño, nace también una posibilidad nueva. Un comienzo nuevo. Incluso personas muy duras cambian delante de un recién nacido. Porque un niño pequeño despierta algo bueno en el corazón humano.

Y eso es lo que celebra este misterio del Rosario. Dios viene al mundo no con violencia, no imponiéndose, no obligando a nadie, sino como un niño indefenso. Eso rompe completamente la imagen de un Dios lejano o castigador que a veces la gente tiene en la cabeza. Jesús empieza su vida necesitando brazos que lo sostengan, una familia que lo cuide y personas que lo quieran. Como cualquiera de nosotros. Y quizá aquí hay algo importante para pensar. Todos hemos sido así alguna vez: pequeños, frágiles, necesitados de cariño, de protección, de alguien que

creyera en nosotros. Aunque ahora muchos quieran aparentar dureza, independencia o indiferencia, por dentro toda persona sigue necesitando sentirse querida y valiosa.

El Rosario Gozoso recuerda precisamente eso: que la vida humana tiene valor desde el principio. Cada persona nace con dignidad. No porque tenga dinero. No porque saque buenas notas. No porque sea popular. No porque triunfe. Tiene valor simplemente porque es persona. Y Jesús, al hacerse niño, le da todavía más valor a la vida humana. Los cinco misterios gozosos hablan precisamente de momentos llenos de vida y esperanza: la Anunciación, la Visitación, el Nacimiento de Jesús, la Presentación en el templo y Jesús perdido y hallado en el templo.

Todos tienen algo en común:

Dios entra en la vida cotidiana de las personas. En familias normales. En personas con miedo. En jóvenes como María. En trabajadores. En gente sencilla. Por eso el Rosario no es solo repetir oraciones. En realidad, es una manera de mirar la vida con calma y aprender a descubrir a Dios dentro de las cosas normales de cada día. Y quizá esta imagen del bebé nos deja una pregunta sencilla: Si Dios quiso venir al mundo como un niño pequeño... ¿será que ninguna vida es pequeña? ¿Será que nadie debería sentirse inútil o sin valor? A veces vivimos comparándonos con otros, pensando que valemos poco o que no llegaremos lejos. Pero el nacimiento de Jesús recuerda algo muy importante: las cosas más grandes muchas veces empiezan siendo pequeñas. Un niño. Una palabra buena. Una oportunidad. Una persona que confía en ti. Un nuevo comienzo. Y eso puede cambiar una vida entera.

*La siguiente Imagen, se corresponde con los misterios Luminosos (jueves) y en ella se representa otro bebé, en este caso es un bautismo y se resalta en el listado de los cinco misterios luminosos, ese “**Bautismo**” de Jesús.*

Cuando miramos esta imagen de un bebé siendo bautizado, quizá algunos piensen que es solo una tradición, algo que hacen muchas familias porque “siempre se ha hecho”. Pero el Rosario Luminoso quiere que descubramos algo mucho más profundo. Los misterios luminosos hablan de momentos en los que Jesús se manifiesta, en los que empieza a mostrar quién es y cómo quiere iluminar la vida de las personas. Y el primero de esos misterios es precisamente el Bautismo de Jesús en el río Jordán. Jesús no necesitaba bautizarse porque no tenía pecado. Entonces, ¿por qué lo hizo? Lo hizo para ponerse al lado de las personas normales. Al lado de la humanidad real. Al lado de gente frágil, pecadora, cansada y llena de problemas. Jesús no vino a mirar a las personas desde arriba. Vino a meterse dentro de nuestra vida. Por eso el bautismo tiene tanto valor para los cristianos. Porque significa que Dios no se desentiende de nosotros. Nos llama hijos.



En el Evangelio aparece una frase muy importante cuando Jesús es bautizado: “Tú eres mi Hijo amado.” Y quizá eso sea algo que muchas personas necesitan escuchar hoy. Porque vivimos en un mundo donde parece que uno tiene que demostrar continuamente lo que vale: por las notas, por el físico, por el dinero, por los seguidores, por el éxito, o por la imagen que da delante de los demás. Muchos jóvenes viven con miedo a no dar la talla. A no ser suficientes. Pero el bautismo dice algo completamente distinto: tu valor no depende solo de lo que consigues. Tu vida vale mucho antes de demostrar nada. Por eso, para la Iglesia, el bautismo no es simplemente “echar agua”. Es el signo de que una persona es amada por Dios desde el principio.

Y hay otro detalle importante. En el bautismo de Jesús aparece también la luz. Por eso estos misterios se llaman “luminosos”. Jesús viene a iluminar. ¿Y qué significa iluminar? Significa ayudar a ver las cosas de otra manera. Porque a veces vivimos como a oscuras:

sin saber hacia dónde vamos, sin encontrar sentido, haciendo cosas solo porque todo el mundo las hace, o intentando llenar el vacío con cosas que al final no llenan.

Jesús no vino solo a enseñar normas. Vino a dar luz a la vida humana. Los misterios luminosos hablan precisamente de eso: del Bautismo en el Jordán, de las bodas de Caná, del anuncio del Reino, de la Transfiguración y de la Eucaristía. En todos ellos Jesús muestra algo importante: que Dios sigue cerca de las personas. No solo en la iglesia. No solo en momentos perfectos. También en la vida diaria, en las dudas, en las fiestas, en el sufrimiento, en las decisiones importantes y en los momentos de oscuridad. Quizá algunos de vosotros fuisteis bautizados de pequeños y ni os acordáis. Y puede parecer algo lejano. Pero esta imagen recuerda una idea muy sencilla: Tu vida no empezó siendo un error. Desde el principio hubo personas que te quisieron, que soñaron contigo y que esperaban algo bueno para ti. Y para los cristianos, además, Dios también mira así a cada persona. No como un número. No como una etiqueta. No como “el conflictivo”, “el flojo” o “el problemático”. Dios mira siempre más adentro. Y quizá lo más bonito del bautismo sea esto: que Dios nunca deja de ver en nosotros algo bueno, incluso cuando nosotros mismos ya no lo vemos.

Ahora nos ponemos serios, llegamos a los misterios Dolorosos (martes y viernes), en ella vemos una escena conocida, un alumno es aislado por el resto: Bullying. Y en el listado de misterios se destaca “Flagelación”.

Cuando miramos esta imagen, seguramente reconocemos rápido lo que está pasando. Un alumno está solo. Apartado. Mirado de otra manera. Quizá insultado, ignorado o humillado por los demás. Es una escena que muchos han visto alguna vez. Y algunos, probablemente, la han vivido por dentro, aunque nunca lo hayan contado.



La pared relaciona esta imagen con los Misterios Dolorosos del Rosario y destaca una palabra: “Flagelación”. La flagelación fue uno de los momentos más duros de la Pasión de Jesús. Antes de ser crucificado, Jesús fue golpeado, humillado y tratado como alguien que no valía nada. No solo sufrió físicamente. También sufrió el desprecio, las burlas y la violencia de quienes lo rodeaban. Y aquí hay algo muy importante: Jesús sabe lo que se siente cuando una persona es humillada. Sabe lo que es sentirse solo delante de otros. Sabe lo que es que se rían de ti, que te señalen o que te hagan daño. Por eso esta imagen no habla solo de algo que pasó hace dos mil años. Habla también de cosas que siguen pasando hoy. Porque el

bullying no es “una broma sin más”. A veces una palabra puede quedarse clavada dentro durante años. A veces uno finge que no le afecta, pero por dentro se siente cada vez más pequeño. Y lo peor muchas veces no es solo el insulto. Lo peor es sentirse solo mientras los demás miran para otro lado. Hay personas que llegan al instituto o al centro con miedo. Miedo al recreo. Miedo al grupo. Miedo a encender el móvil. Miedo a sentirse otra vez humilladas. Y otras veces ocurre algo todavía más peligroso: cuando uno se acostumbra al sufrimiento del otro y empieza a verlo como algo normal.

Jesús nunca trató el dolor de una persona como si fuera un espectáculo o una broma. Al contrario. Siempre se acercaba al que sufría, al que estaba apartado, al que todos señalaban. Y quizá aquí hay algo importante para pensar. En la Pasión de Jesús no solo aparecen los que golpean. También aparecen los que callan. Los que miran y no hacen nada. Los que saben que algo está mal, pero prefieren no complicarse. Eso

también pasa hoy muchas veces. Por eso esta imagen no es solo para pensar en “los malos”. Es para preguntarnos todos: ¿cómo trato yo a los demás? ¿Hago sentir pequeño a alguien? ¿Me río para quedar bien delante del grupo? ¿Excluyo? ¿Humillo por redes? ¿Me callo cuando debería ayudar? Porque una persona puede hacer mucho daño sin pegar un solo golpe. Con una mirada. Con una risa. Con un comentario. Con un vídeo compartido. Con dejar a alguien siempre fuera.

Los Misterios Dolorosos del Rosario recuerdan el sufrimiento de Jesús: la oración en el huerto, la flagelación, la coronación de espinas, Jesús cargando con la cruz y la crucifixión. Pero no se rezan para recrearse en el dolor. Se rezan para aprender a mirar el sufrimiento humano de otra manera. Para no endurecer el corazón. Para recordar que detrás de cada persona hay heridas que muchas veces no se ven. Y quizá lo más fuerte de todo es esto: Jesús, aun siendo humillado, nunca respondió humillando. No devolvió odio por odio. No trató a las personas como basura, aunque a Él sí lo trataran así. Y eso requiere mucha más fuerza que aparentar dureza.

Porque hoy mucha gente confunde ser fuerte con aplastar a otros, reírse del débil o ir de duro por la vida. Pero la verdadera fuerza es otra: ser capaz de cuidar, de defender, de respetar y de no destruir a quien tienes al lado. Quizá alguna vez te has sentido como el chico o la chica de esta imagen: solo, apartado, juzgado, o pensando que no encajas. Pues el Evangelio dice algo muy importante: para Jesús nunca eres invisible. Y quizá también esta imagen nos deja otra pregunta: Cuando alguien sufre cerca de mí... ¿yo aumento el dolor...o ayudo a cargar la cruz?

*Giramos a la derecha, y allí, en la pared de la arcada menor, está Ella, Nuestra Sra. De Las Mercedes, en su coronación del 2 de julio de 1948, representando los misterios Gloriosos (miércoles y domingos). La imagen refleja una pintura del pintor sevillano Alejandro Mairena, en la que se muestra la coronación de la misma por el obispo de Córdoba Fray Albino Menéndez, en el paseo de la Coronación de la localidad. En la lista de los misterios se destaca **“Coronación”***

Cuando miramos esta imagen, vemos una coronación. Una escena importante para muchas personas de este pueblo. Una imagen de María siendo coronada solemnemente, rodeada de gente, en un momento que forma parte de la historia y de la fe de muchas familias. Y en la pared, dentro de los Misterios Gloriosos del Rosario, aparece destacada una palabra: “Coronación”.

Los Misterios Gloriosos hablan de algo que todos necesitamos escuchar alguna vez: que el dolor y el sufrimiento no tienen la última palabra. Después de la cruz llega la vida. Después de la oscuridad llega la luz. Después de caer, uno puede levantarse. Por eso estos misterios hablan de la Resurrección de Jesús, de la Ascensión, de la venida del Espíritu Santo, de la Asunción de María y de su Coronación como Reina del cielo y de la tierra. Pero quizá hoy la palabra “corona” puede sonar extraña. Porque muchas veces pensamos en coronas como poder, fama o superioridad. Y el Evangelio entiende la grandeza de otra manera. María no es coronada porque fuera rica, famosa o poderosa. Es coronada porque supo amar, confiar y permanecer fiel incluso en los momentos difíciles. Mientras muchos huían, ella permaneció junto a la cruz. Mientras otros perdían la esperanza, ella siguió creyendo. Y eso tiene mucho que decir también a nosotros. Porque hoy vivimos en una sociedad donde muchas veces parece que vale más quien más aparenta: el más fuerte, el más popular, el que más presume, el que más seguidores tiene, o el que consigue destacar por encima de los demás.



Pero el Evangelio enseña otra cosa: la verdadera grandeza no está en ponerse por encima de otros, sino en aprender a amar y servir. María nunca buscó llamar la atención sobre sí misma. Y, sin embargo, millones de personas en el mundo la recuerdan y la quieren después de tantos siglos. ¿Por qué? Porque transmite algo que todos necesitamos: cercanía, ternura, consuelo y esperanza. Mucha gente, incluso personas que están lejos de la Iglesia, cuando pasan un momento duro, terminan mirando a María o entrando en una iglesia para pedir ayuda. Porque sienten que una madre escucha de una manera distinta. Y quizá eso explica por qué esta imagen tiene tanta importancia para tantas personas de aquí. No es solo una tradición antigua. Es la memoria de un pueblo que, en medio de sus problemas, alegrías y sufrimientos, ha sentido durante generaciones que María caminaba con ellos.

Los Misterios Gloriosos recuerdan precisamente eso: que Dios no abandona a las personas. Que la vida no termina en el fracaso. Que siempre existe esperanza. Y eso es muy importante hoy, porque hay personas jóvenes que viven como si no esperaran nada bueno del futuro. A veces uno escucha: “para qué esforzarme”, “nada merece la pena”, “todo va mal”, “mi vida no va a cambiar”. Pero el cristianismo no es una religión de derrota. La Resurrección de Jesús y los Misterios Gloriosos hablan de vida, de esperanza y de futuro. Hablan de un Dios que levanta a las personas. Y quizá también esta imagen nos recuerda algo muy sencillo: Todos necesitamos a alguien que crea en nosotros incluso cuando nosotros dejamos de creer en nosotros mismos. Por eso María ocupa un lugar tan importante en la vida cristiana. Porque para muchos creyentes representa precisamente eso: una madre que acompaña, que no abandona y que sigue señalando a Jesús como camino de vida. Y quizá la pregunta que deja esta imagen es esta: ¿Qué clase de grandeza quiero para mi vida? ¿La que busca aparentar...o la que deja huella de verdad en el corazón de las personas?

Casi sin movernos, giramos la cabeza y vemos la siguiente imagen: Unos jóvenes van por un camino, concretamente tres, se ven de espaldas, se están yendo, caminan alejándose de nosotros. Representa el pasaje de los discípulos de Emaús y leemos una frase: “¿Acaso no os ardía el corazón?”.

Lucas 24, 13-35: Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: —«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: —«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les pregunto: —«¿Qué?». Ellos le contestaron: —«Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo



condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces Jesús les dijo: —«¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo: —«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: —«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: —«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Cuando miramos esta imagen, vemos a unos jóvenes caminando. Van de espaldas. Se están alejando. Y eso ya dice mucho. Porque hay momentos en la vida en los que uno también se aleja por dentro. Se aleja de los demás. De la familia. De los amigos. De sí mismo. Y muchas veces también de Dios. Los discípulos de Emaús estaban así. Habían seguido a Jesús con ilusión. Pensaban que Él iba a cambiar sus vidas. Pero después de la muerte de Jesús en la cruz, todo se les vino abajo. Se sintieron decepcionados, confundidos y sin esperanza. Por eso se marchan de Jerusalén. Se van. Y mientras caminan, hablan entre ellos de todo lo que ha pasado. Intentan entender. Intentan encontrar sentido. Eso también nos pasa muchas veces.

Hay personas que por fuera sonríen, hablan y siguen con su rutina... pero por dentro van caminando como estos discípulos: desanimados, vacíos, sin ilusión, o pensando que nada merece demasiado la pena. A veces uno llega a cansarse de todo: de estudiar, de intentar cambiar, de luchar por las cosas, o incluso de sí mismo. Y entonces aparece algo muy importante en el Evangelio. Jesús se acerca a ellos mientras caminan. No les grita desde lejos. No les obliga. No les reprocha que se estén marchando. Simplemente camina con ellos. Y eso es muy bonito. Porque muchas veces Dios actúa así: acompañando antes de juzgar. Escuchando antes de corregir. Los discípulos no reconocen a Jesús al principio. Y eso también tiene mucho de verdad. A veces pensamos que Dios está ausente porque no lo vemos como esperamos. Pero quizá está más cerca de lo que imaginamos: en una conversación, en una persona que ayuda, en alguien que escucha, en una palabra, que nos levanta, o en un momento que nos devuelve esperanza. Y llega una frase muy importante en este pasaje. La que aparece escrita junto a la imagen: “¿Acaso no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?” Es una frase preciosa porque habla de algo interior. Habla de esos momentos en los que algo dentro de nosotros despierta. Cuando una conversación nos toca de verdad. Cuando alguien nos comprende. Cuando volvemos a tener esperanza. Cuando sentimos que nuestra vida puede tener sentido. Todos necesitamos algo que vuelva a encender el corazón. Porque hay personas jóvenes que viven apagadas por dentro, aunque por fuera aparenten estar bien. Y a veces

intentamos llenar ese vacío con muchas cosas: pantallas, ruido, fiestas, consumo, o haciendo continuamente cosas para no pensar. Pero el corazón humano sigue necesitando algo más profundo: sentirse querido, escuchado, valorado y acompañado.

El camino de Emaús también enseña otra cosa importante: que nadie sale adelante completamente solo. Los discípulos descubren a Jesús caminando juntos, hablando, compartiendo lo que les duele. Por eso es tan importante encontrar personas con las que uno pueda hablar de verdad, sin máscaras y sin miedo. Y quizá esta imagen tiene todavía otro detalle importante: los discípulos están caminando. Aunque estén tristes, no se quedan paralizados. Y eso también es importante para nosotros. Porque en la vida habrá momentos de duda, cansancio y desilusión. Pero seguir caminando ya es una forma de esperanza. Jesús no abandona a aquellos que buscan, aunque estén confundidos. Camina con ellos. Y quizá esta imagen nos deja una pregunta muy sencilla: ¿Qué cosas están apagando mi corazón? ¿Y qué personas, palabras o caminos vuelven a llenarlo de vida?

Casi sin movernos de sitio, viramos hacia el Salón de Actos y, de repente, aparece un grafiti que ocupa la pared opuesta del patio, la que da al CEIP de Reyes Católicos: En él se ve varias imágenes que haciendo un recorrido de izquierda a derecha representa el Génesis, con Dios (Jesús) sujetando al hombre, superponiéndose con el nacimiento de Jesús, (Navidad). En medio de la escena aparece, como mediador, el Ángel de Rubens, que sostiene una cinta donde pueden verse las distintas disciplinas del centro, con un hueco para S. Juan Bosco. A continuación, aparece una imagen de Cristo con la Cruz, representando su Pasión y Muerte, seguido de la Resurrección / Pentecostés: La Virgen María (Verónica de Mattia Preti) y el fuego del Espíritu Santo como un velo de llama en sus ojos.



Cuando miramos este grafiti parece que estamos viendo muchas imágenes distintas. Pero en realidad todas cuentan una sola historia: la historia de Dios caminando con la humanidad. La escena empieza con el Génesis. Dios sosteniendo al hombre. Y eso es importante, porque la Biblia comienza diciendo algo muy sencillo pero muy profundo: la vida humana no aparece por casualidad. Para la fe cristiana, cada persona ha sido querida y creada por Dios. Eso significa que nadie es un error. Nadie sobra. Nadie nace sin valor. Y quizá hoy hace falta escuchar eso más que nunca, porque vivimos en una sociedad donde muchas veces las personas terminan creyendo que solo valen por lo que producen, por lo que ganan o por la imagen que dan. Pero el Génesis habla de un Dios que sostiene al ser humano. No de un Dios lejano. No de un Dios que aplasta. Sino de un Dios que levanta y acompaña.

Y enseguida aparece el nacimiento de Jesús. Dios no se queda mirando el sufrimiento humano desde lejos. Se mete dentro de nuestra historia. Nace como uno de nosotros. Eso es la Navidad: Dios entrando en la vida real. En las familias reales. En los problemas reales. En la fragilidad humana. Jesús nace pequeño, pobre y sencillo. Y eso cambia la manera de mirar a las personas. Porque desde entonces, para el cristianismo, toda vida humana tiene dignidad.

Después aparece el ángel inspirado en Rubens sosteniendo una cinta donde están las especialidades del centro: Gestión Administrativa, Actividades Comerciales, Instalaciones de Telecomunicaciones e Instalaciones Eléctricas y Automáticas. Y esto tiene un significado muy bonito. El trabajo y la formación no son solo una manera de ganar dinero. También son una forma de construir el mundo y de servir a los demás. A veces uno piensa: “¿Y esto para qué sirve?” “¿Qué sentido tiene estudiar?” “¿Qué importa lo que haga yo?” Pero cada profesión puede convertirse en algo bueno cuando ayuda a otras personas. Un electricista puede llevar luz. Un técnico puede conectar personas. Alguien de administración puede ayudar y organizar. Alguien de comercio puede tratar con dignidad a quien tiene delante.

El Evangelio nunca separa la fe de la vida diaria. Dios también está presente en un taller, en una oficina, en una instalación o en una clase. Y junto a todo eso aparece el espacio dedicado a San Juan Bosco. Don Bosco dedicó su vida a jóvenes que muchos daban por perdidos. Chicos pobres, conflictivos o abandonados. Y creyó en ellos cuando casi nadie lo hacía. Él decía: “No basta amar a los jóvenes; es necesario que ellos se sientan amados.” Y eso sigue siendo verdad hoy. Porque muchas veces una persona cambia cuando alguien cree de verdad en ella.

Después el mural cambia de tono y aparece Cristo con la cruz. Porque la vida también tiene sufrimiento. Todos llevamos alguna cruz: problemas familiares, miedo al futuro, soledad, presión, errores, heridas por dentro, o momentos en los que uno siente que no puede más. Jesús no eliminó el sufrimiento humano desde fuera. Lo atravesó desde dentro. Por eso los cristianos miran la cruz de otra manera. No como un símbolo de derrota, sino como la prueba de que Dios no abandona a las personas ni siquiera en el dolor.

Y finalmente llega la Resurrección y Pentecostés. Aparece María y el fuego del Espíritu Santo. El fuego en la Biblia significa vida, fuerza, luz y presencia de Dios. Pentecostés ocurre cuando los discípulos estaban encerrados, llenos de miedo y sin saber qué hacer. Y el Espíritu Santo les devuelve el valor para salir, hablar y vivir con esperanza. Eso también nos pasa muchas veces. Hay personas jóvenes que viven apagadas por dentro: sin ilusión, sin metas, sin esperanza, o pensando que nunca cambiarán las cosas. Pero el Evangelio insiste una y otra vez en algo: la vida puede renacer. Siempre se puede empezar de nuevo. Por eso este mural no habla solo de religión. Habla también de la vida humana. Habla de un camino: ser creados, ser amados, aprender, caer, sufrir, levantarse y volver a empezar. Y quizá la pregunta que deja este mural es esta: Si Dios ha acompañado la historia humana desde el principio... ¿será que también está caminando conmigo, aunque a veces no lo vea?

Ahora nos encaminamos al Salón de Actos, en el que vamos a ver tres imágenes: la primera está justo de frente, y representa el Altar de la Parroquia a la que estamos pegados, la Parroquia de María Auxiliadora.



Cuando entramos en este Salón de Actos y miramos de frente esta imagen del altar de Parroquia de María Auxiliadora, quizá al principio solo vemos una fotografía más. Pero cuando nos damos cuenta de que detrás de esta pared está realmente la parroquia, la imagen cambia completamente. Porque no estamos viendo algo lejano. Detrás de estos ladrillos, justo al otro lado, hay un altar real. Un lugar donde personas rezan, celebran, lloran, agradecen, piden ayuda y buscan sentido para su vida. Y eso tiene algo muy bonito.

Muchas veces vivimos pensando que Dios está lejos, como si fuera una idea antigua o algo desconectado de nuestra vida diaria. Pero esta pared nos recuerda justamente lo contrario: que Dios está más cerca de lo que pensamos.

Tan cerca... que al otro lado de esta pared hay una iglesia. Y quizá esto también nos hace pensar en otra cosa. En la vida muchas veces solo vemos paredes. Paredes entre personas. Paredes dentro de nosotros. Paredes hechas de miedo, orgullo, heridas o indiferencia. Y, sin embargo, detrás de muchas paredes hay mucho más de lo que imaginamos.

A veces detrás de una persona seria hay sufrimiento. Detrás de alguien que parece pasota hay miedo. Detrás de una sonrisa puede haber mucha soledad. Y detrás de esta pared hay algo que lleva muchos años acompañando la vida de este pueblo: la presencia de María Auxiliadora. El nombre “Auxiliadora” significa precisamente eso: la que ayuda, la que acompaña, la que socorre. Por eso muchísimas personas a lo largo de los años han acudido a María en momentos difíciles: cuando tenían problemas, cuando sentían miedo, cuando alguien enfermaba, cuando necesitaban esperanza, o cuando simplemente no sabían qué hacer con su vida.

Y quizá algunos piensen: “¿Por qué la gente reza a María?” Porque los cristianos ven en ella una madre cercana. No alguien que juzga desde lejos, sino alguien que acompaña. Por eso San Juan Bosco tenía una confianza enorme en María Auxiliadora. Él trabajó con muchísimos jóvenes pobres, difíciles o abandonados, y estaba convencido de que María nunca dejaba solos a los jóvenes. De hecho, Don Bosco repetía muchas veces: “Ella lo ha hecho todo.”

Y quizá eso también tiene mucho sentido aquí, en un centro educativo. Porque educar no es solo enseñar módulos. Es acompañar personas. Ayudarles a crecer. Ayudarles a descubrir que tienen valor. Ayudarles a levantarse cuando caen. Y nadie crece de verdad sintiéndose solo. Por eso esta imagen tiene algo muy especial: nos recuerda que este centro no está aislado. Está unido físicamente a una parroquia. Y eso significa mucho más que compartir una pared. Significa que detrás de las clases, de los exámenes, de los talleres y de las preocupaciones diarias, existe también una invitación a mirar más allá: a preguntarnos quiénes somos, qué sentido tiene nuestra vida y qué clase de persona queremos llegar a ser.

Quizá muchos entren en este salón sin pensar nunca en lo que hay detrás de esta pared. Pero una vez que lo sabes, ya no vuelves a mirar igual. Porque entiendes que, mientras estamos aquí, al otro lado sigue habiendo una luz encendida, una comunidad rezando, y una presencia silenciosa que acompaña. Y quizá esta imagen deja una pregunta muy sencilla: Si María Auxiliadora ha acompañado a tantas personas durante tantos años... ¿por qué pensar que no puede acompañarnos también a nosotros?

Si ahora nos giramos hacia la pantalla de proyección o la pizarra podemos ver dos imágenes: a nuestra derecha se encuentra una vista aérea de nuestro centro, una mirada global de lo que somos, desde arriba.

Cuando miramos esta imagen vemos algo que conocemos bien: nuestro centro. Lo vemos casi todos los días. Entramos por sus puertas, recorremos sus pasillos, asistimos a clase, hacemos prácticas, hablamos con compañeros y profesores. Estamos tan acostumbrados a verlo



que muchas veces dejamos de fijarnos en él. Pero esta fotografía tiene algo diferente: Nos muestra el centro desde arriba, y cuando uno mira algo desde arriba, cambia la perspectiva.

Desde el suelo vemos un aula, un pasillo o un taller. Desde arriba vemos el conjunto completo. Descubrimos que todo forma parte de una realidad más grande. Eso también pasa muchas veces en nuestra vida. Cuando tenemos un problema, un suspenso, una discusión o una preocupación, tendemos a mirar solo esa parte de nuestra realidad. Y entonces parece que ese problema lo ocupa todo. Sin embargo, cuando conseguimos tomar distancia, nos damos cuenta de que nuestra vida es mucho más grande que ese momento concreto. Una fotografía aérea nos recuerda precisamente eso: que existe una perspectiva más amplia.

Quizá ahora mismo alguno de vosotros esté preocupado por un módulo, por una situación familiar, por una amistad, por el futuro o por algo que le ha salido mal. Pero vuestra vida es mucho más grande que ese problema. Y vuestra historia todavía se está escribiendo.

Desde dentro solemos ver grupos distintos: los de primero, los de segundo, los de telecomunicaciones, los de electricidad, los de comercio, los de gestión administrativa, los profesores, el conserje, la administrativa, pero desde arriba desaparecen muchas de esas diferencias. Se ve una única realidad, una comunidad, un lugar donde muchas personas distintas comparten un mismo camino durante unos años de su vida. Y eso tiene mucho valor. Porque nadie llega a ser quien es completamente solo. Todos aprendemos gracias a otras personas, quienes nos enseñan, quienes nos corrigen, quienes nos ayudan cuando tenemos dificultades, quienes confían en nosotros cuando ni siquiera nosotros confiamos en nosotros mismos.

La Biblia utiliza muchas veces la imagen de Dios que mira desde lo alto, no porque esté lejos, sino porque ve la totalidad de la historia que nosotros no alcanzamos a ver. Nosotros vemos el presente. Dios ve también el camino recorrido y todo lo que todavía está por venir. Por eso, cuando las cosas no salen como esperamos, la fe invita a confiar en que nuestra vida tiene un sentido más grande que el que somos capaces de percibir en cada momento. Quizá dentro de unos años muchos de vosotros recordaréis este lugar de una manera distinta, recordaréis profesores concretos, amigos concretos, momentos buenos y momentos difíciles, y descubriréis que muchas cosas que hoy parecen pequeñas tuvieron más importancia de la que imaginabais. Porque un centro educativo no es solo un conjunto de edificios. Es un lugar donde las personas crecen. Donde aprenden una profesión. Pero también donde aprenden a convivir, a esforzarse, a equivocarse, a levantarse y a descubrir quiénes son. Por eso esta fotografía aérea tiene algo especial. Nos permite ver el centro como una unidad.

Y quizá también nos invita a pensar que cada uno de nosotros forma parte de algo más grande que sí mismo. Nadie es una isla. Nadie camina completamente solo. Todos formamos parte de una historia compartida. Y quizá la pregunta que nos deja esta imagen es muy sencilla: Cuando termine mi paso por este centro, ¿qué huella quiero haber dejado en las personas que han caminado conmigo?

*Si ahora nos giramos hacia la izquierda de la pantalla de proyección o la pizarra podemos ver una imagen que muestra el milagro de la hemorroisa que pintó el artista chileno Daniel Cariola: un dedo tocando el manto de Cristo. Y leemos: “**Alguien me ha tocado**”*

Lucas 8,40-48: ⁴⁰Al regresar Jesús, la gente lo acogió bien, pues todos lo estaban esperando. ⁴¹Llegó entonces un hombre, llamado Jairo, que era jefe de la sinagoga, y echándose a los pies de Jesús le rogaba que entrase en su casa, ⁴²pues tenía una hija única, de unos doce años, que se estaba muriendo. Cuando caminaba con él, la gente lo apretujaba. ⁴³Entonces una mujer que desde hacía doce años sufría flujos de sangre y que había gastado en médicos todos sus recursos sin que ninguno pudiera curarla, ⁴⁴acercándose por detrás, tocó el borde de su manto y, al



instante, cesó el flujo de sangre. ⁴⁵Y dijo Jesús: «¿Quién es el que me ha tocado?». Como todos lo negaban, dijo Pedro: «Maestro, la gente te está apretujando y estrujando». ⁴⁶Pero Jesús dijo: «Alguien me ha tocado, pues he sentido que una fuerza ha salido de mí». ⁴⁷Viendo la mujer que no había podido pasar inadvertida, se acercó temblorosa y, postrándose a sus pies, contó ante todo el pueblo la causa por la que le había tocado y cómo había sido curada al instante. ⁴⁸Pero Jesús le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz».

Cuando miramos esta imagen vemos algo muy pequeño: una mano, un dedo, tocando el manto de Jesús. Puede parecer un gesto insignificante. Algo mínimo. Pero en el Evangelio ese gesto cambia una vida entera. La historia habla de una mujer que llevaba doce años enferma. Doce años sufriendo, buscando solución, gastando todo lo que tenía y sin encontrar cura. Doce años cargando con dolor, cansancio y seguramente con mucha soledad. Y, además, en aquella época, su enfermedad la convertía en una persona “impura” según la ley judía. Eso significaba algo muy duro: no solo estaba enferma, sino también apartada socialmente. Señalada. Marginada. Es decir, no solo sufría por dentro. También sufría porque los demás la mantenían a distancia. Por eso esta historia tiene mucha fuerza. Porque muchas veces hay personas que también viven así hoy. No necesariamente con una enfermedad visible, pero sí con heridas por dentro. Ansiedad. Miedo. Tristeza. Problemas familiares. Soledad. Sensación de no encajar. Heridas que nadie ve. Y muchas veces, como aquella mujer, uno aprende a esconderlo. A seguir como si nada. A aparentar que todo está bien. La mujer piensa: “Si consigo tocar, aunque sea su manto, quedaré curada.” Y hace algo muy valiente. Se acerca. En medio de la multitud. Sin hacer ruido. Sin llamar la atención. Solo extiende la mano. Y toca.

Y entonces Jesús se detiene y dice: “Alguien me ha tocado.” Eso es impresionante. Porque había mucha gente alrededor, muchas personas empujando, rozando y acercándose. Pero Jesús distingue un toque diferente. No era un toque cualquiera. Era un toque lleno de necesidad, de fe y de esperanza. Y aquí hay algo muy importante. Jesús no deja que aquella mujer se cure y desaparezca sin más. La busca. Quiere mirarla. Quiere que sepa que no es invisible. Y quizá esto es algo que muchos necesitamos escuchar. Porque hay momentos en la vida en los que uno siente que nadie se da cuenta de lo que lleva dentro. Que nadie ve el esfuerzo. Que nadie ve el dolor. Que nadie ve las heridas.

Pero este Evangelio dice algo muy fuerte: para Jesús nadie pasa desapercibido. Ni el que sufre en silencio. Ni el que lucha por dentro. Ni el que parece fuerte por fuera, pero está roto por dentro. Jesús se detiene. Mira. Escucha. Y llama. Eso cambia completamente la manera de entender la fe. Porque la fe no es solo cumplir normas o hacer cosas religiosas. La fe es atreverse a acercarse. A tocar. A buscar ayuda. A reconocer que uno no puede solo. Y eso cuesta mucho. Porque hoy muchas veces nos enseñan lo contrario: aguanta, no muestres debilidad, no cuentes tus problemas, haz como si todo estuviera bien.

Pero esta mujer nos enseña algo distinto. Nos enseña que pedir ayuda no es ser débil. Es ser valiente. Y quizá esta imagen tiene una pregunta muy fuerte para nosotros: ¿Qué estoy tocando yo para intentar curar mis heridas? A veces buscamos curarnos con cosas que no curan: más ruido, más pantallas, más distracciones, más enfado, más aislamiento. Pero el Evangelio nos invita a buscar aquello que de verdad puede sanar el corazón. Y quizá también nos deja otra pregunta: Si Jesús se detiene cuando alguien lo toca con verdad... ¿qué pasaría si yo también me atreviera a acercarme?

Salimos ahora del Salón de Actos y nos dirigimos a la planta de arriba. Y en la primera maceta de la escalera vemos otra imagen: La tierra vista desde el espacio con la luz del sol espectacular sobre la misma, y leemos “Yo soy la luz del mundo”.

Juan 8,12-14: ¹²Jesús les habló de nuevo diciendo: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida». ¹³Le dijeron los fariseos: «Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero». ¹⁴Jesús les contestó: «Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y adónde voy; en cambio, vosotros no sabéis de dónde vengo ni adónde voy.



Cuando miramos esta imagen vemos la Tierra desde fuera. Desde el espacio. Es impresionante. Desde aquí arriba desaparecen muchas cosas que normalmente ocupan nuestra cabeza: las prisas, los problemas pequeños, las discusiones, las diferencias. Desde esa altura no se ven fronteras. No se ven títulos. No se ven notas. No se ven marcas de ropa. No se ven etiquetas. Solo se ve una cosa: la humanidad compartiendo una misma casa.

Y sobre esa Tierra aparece la luz. Una luz fuerte, limpia, que lo ilumina todo. Y junto a ella leemos una frase de Jesús: “Yo soy la luz del mundo.” Jesús dice esto en el Evangelio de Evangelio según San Juan, y no es una frase cualquiera. La luz sirve para algo muy sencillo:

para ver. Cuando hay oscuridad, uno tropieza. Se pierde. No distingue el camino. Confunde unas cosas con otras. Y eso no pasa solo físicamente. También pasa por dentro. Hay momentos en la vida en los que uno va a oscuras: cuando no sabe qué hacer, cuando está perdido, cuando vive sin rumbo, cuando toma decisiones sin pensar, cuando se deja llevar por lo que hace todo el mundo, o cuando siente que nada tiene demasiado sentido.

Y eso les pasa a muchísimas personas jóvenes. A veces uno vive haciendo cosas casi en automático: levantarse, venir a clase, volver a casa, mirar pantallas, seguir rutinas... pero sin preguntarse realmente: ¿hacia dónde voy? ¿qué quiero hacer con mi vida? ¿quién quiero llegar a ser?

Y ahí es donde Jesús dice: “Yo soy la luz.” Es decir: “Yo puedo ayudarte a ver.” No viene a quitarte la libertad. No viene a decidir por ti. La luz no obliga. La luz simplemente muestra. Te deja ver con más claridad. Te ayuda a distinguir lo que construye y lo que destruye. Lo que te hace crecer y lo que te apaga. Lo que parece fácil, pero te vacía. Y lo que cuesta, pero te hace mejor persona.

La Tierra en esta imagen también nos recuerda algo importante: todos estamos en el mismo mundo. Y muchas veces olvidamos eso. Nos peleamos. Nos dividimos. Nos juzgamos. Nos reímos unos de otros. Nos encerramos en nuestro pequeño mundo. Pero vistos desde arriba somos mucho más iguales de lo que pensamos. Todos buscamos lo mismo en el fondo: ser felices, ser queridos, encontrar nuestro lugar.

Y quizá por eso la luz de Cristo no es solo para unos pocos. No es solo para los “buenos”. No es solo para los creyentes perfectos. Jesús dice “del mundo”. Es decir: para todos. Para el que duda. Para el que busca. Para el que está perdido. Para el que está roto. Para el que ni siquiera sabe si cree. Y eso es importante. Porque a veces pensamos que Dios solo se acerca a quien lo tiene todo resuelto. Pero el Evangelio muestra lo contrario: Jesús se acerca precisamente a quienes andan más perdidos.

La luz tiene otra cosa importante. No solo ilumina. También da calor. Y muchas veces lo que más necesita una persona no es una respuesta perfecta, sino alguien que le dé calor humano: una palabra buena, una escucha sincera, una mirada limpia, alguien que esté.

Quizá por eso Jesús no solo pide que lo sigamos. También dice: “Vosotros sois la luz del mundo.” Eso significa que también nosotros podemos iluminar la vida de otros. Con gestos pequeños. Ayudando. Escuchando. Defendiendo. Animando. No humillando. No apagando a nadie. Porque una palabra puede hundir a una persona. Pero también puede levantarla. Y quizá esta imagen nos deja una pregunta muy sencilla: ¿Qué cosas están dando luz a mi vida...y qué cosas me están dejando a oscuras?

Seguimos subiendo la escalera y en el siguiente giro nos encontramos otra imagen: una vela y un cucharón lleno de sal, y una frase: “Que vuestra luz brille...”

Mateo 5,13-16: ¹³Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. ¹⁴Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. ¹⁵Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celémín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. ¹⁶Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos.

Cuando miramos esta imagen vemos dos cosas muy sencillas: una vela encendida y un cucharón lleno de sal. Dos cosas normales. Dos cosas pequeñas. Y, sin embargo, Jesús habló precisamente de cosas así para explicar algo muy importante sobre la vida. En el Evangelio dice: “Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo.” Y también dice: “Que vuestra luz brille delante de los hombres.”



Jesús usa estas imágenes porque todos entienden para qué sirven. La luz ilumina. Y la sal da sabor. Sin luz, uno va a oscuras. Sin sal, la comida es insípida. Y Jesús viene a decir algo fuerte: tu vida está llamada a aportar algo. No has venido al mundo solo para pasar el tiempo, sobrevivir o dejarte llevar. Tu vida puede iluminar. Tu vida puede dar sabor.

Y eso es importante escucharlo, porque muchas veces uno piensa: “¿Yo qué voy a aportar?” “Si soy uno más.” “Si no destaco.” “Si tengo mis líos.” Pero Jesús no habla solo a personas perfectas. Habla a personas normales. Como nosotros. Y les dice: tú puedes ser luz. ¿Qué significa eso? No significa ser famoso. No significa llamar la atención. No significa ser el mejor. La luz verdadera muchas veces es silenciosa. Es la persona que ayuda cuando nadie mira. La que no humilla. La que defiende al que está solo. La que anima al que está hundido. La que trabaja con honestidad. La que cumple su palabra. La que sabe pedir perdón. Eso ilumina. Y cambia ambientes. Todos sabemos que hay personas que, cuando llegan, hacen mejor el lugar. Traen paz. Traen alegría. Traen verdad. Y también sabemos que hay personas que apagan ambientes: con violencia, con burlas, con desprecio, con egoísmo. Por eso la pregunta es importante: ¿qué pasa cuando yo llego a un sitio? ¿Aporto luz... o traigo oscuridad?

Y luego está la sal. La sal no se ve mucho. Pero se nota. Y eso también es importante. Porque muchas veces pensamos que para ser importante hay que hacerse notar mucho. Pero Jesús enseña otra lógica. Lo que cambia las cosas de verdad muchas veces actúa en silencio. Un buen amigo. Un profesor que cree en ti. Un compañero que te escucha. Una persona que te corrige con cariño. Eso es como la sal. No hace ruido, pero cambia todo. Y Jesús advierte algo: La sal puede volverse sosa.

La luz puede esconderse. Es decir: una persona puede apagar lo mejor que lleva dentro. Cuando se acostumbra a vivir con indiferencia. Cuando deja de luchar. Cuando se deja arrastrar por el grupo. Cuando se vuelve fría con los demás. Cuando piensa solo en sí misma. Y eso pasa. A veces uno empieza con ganas, con sueños, con ilusión... y poco a poco se apaga.

Por eso esta imagen es una llamada a despertar. A no vivir dormidos. A no conformarnos con una vida pequeña. Porque cada persona tiene dentro algo que puede hacer bien a otros. Y eso vale mucho. En un centro como este, esto tiene todavía más sentido. Porque aquí no solo se aprende una profesión. Aquí se aprende también a ser persona. A convivir. A trabajar con otros. A respetar. A servir. Y eso será importante toda la vida. Porque da igual que seas electricista, técnico de telecomunicaciones, administrativo o comercial. Lo importante no será solo lo que sepas hacer. Sino la luz que lleves dentro y lo que hagas con ella. Y quizá esta imagen nos deja una pregunta muy clara: Cuando otros se crucen conmigo...¿les dejaré un poco más de luz...o un poco más de oscuridad?

*Justo al llegar arriba de la escalera si giramos nuestra vista a la izquierda, nos encontramos con la imagen de “La Samaritana” una chica con un cántaro que conversa con Jesús, y leemos “**Quien bebe de mí, nunca tendrá sed**”*

Juan 4, 5-26: Llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; ⁶allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. ⁷Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». ⁸Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. ⁹La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). ¹⁰Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva». ¹¹La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?»; ¹²¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». ¹³Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; ¹⁴pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna». ¹⁵La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». ¹⁶Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve». ¹⁷La mujer le contesta: «No tengo marido». Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: ¹⁸has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad». ¹⁹La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. ²⁰Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». ²¹Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. ²²Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. ²³Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. ²⁴Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad». ²⁵La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». ²⁶Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo».

A primera vista uno piensa en agua. Pero Jesús aquí está hablando de algo mucho más profundo. La Samaritana va al pozo a buscar agua, como hacía cada día. Era algo normal. Algo rutinario. Pero ese día ocurre algo diferente: se encuentra con Jesús. Y Jesús le pide de beber. Eso ya era raro. Porque en aquella época los judíos y los samaritanos no se llevaban bien. Además, un hombre no solía ponerse a hablar así en público con una mujer desconocida.

Pero Jesús rompe esas barreras. No empieza juzgándola. No empieza señalando sus errores. Empieza hablando. Escuchando. Buscando entrar en su historia. Y eso es importante. Porque muchas veces pensamos que Dios solo se acerca a quien lo tiene todo bien hecho. Pero el Evangelio muestra otra cosa: Jesús se acerca precisamente a personas heridas, confundidas o con una vida complicada.

La Samaritana tenía una historia difícil. Jesús la conoce. Conoce sus heridas, sus errores, sus vacíos. Y aun así sigue hablando con ella. No se aparta. No la desprecia. Eso es muy fuerte. Porque muchas personas viven con miedo a ser conocidas de verdad. Pensamos: “Si supieran cómo soy...” “Si supieran lo que llevo dentro...” “Si supieran lo que he hecho...” Y a veces nos escondemos detrás de una imagen, una apariencia o una máscara.

Pero Jesús mira más hondo. Y no se asusta. Luego Jesús le dice algo que es clave: “Todo el que bebe de esta agua volverá a tener sed.” Y eso es verdad también hoy. Porque hay muchas cosas con las que intentamos llenar nuestra vida: éxito, dinero, likes, fiestas, relaciones, consumo, pantallas. Y muchas veces, después de conseguirlas, la sensación vuelve: sigo vacío. Sigo buscando algo más. Eso es la sed interior. Esa necesidad profunda de sentido, de amor, de paz, de verdad. Y Jesús dice: “El que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás.” No significa que ya no tendrás problemas. Significa que hay algo que puede llenar el corazón de una manera más profunda. Algo que no depende



de modas, de resultados o de la opinión de otros. Porque una de las grandes luchas de muchos jóvenes hoy es esta: tener de todo por fuera y seguir vacíos por dentro.

La Samaritana llega al pozo con un cántaro. Pero al final descubre que lo que más necesitaba no era agua. Era ser mirada de verdad. Ser comprendida. Ser amada sin fingir. Y eso cambia su vida. Tanto que deja el cántaro y sale corriendo a contar lo que ha vivido. Eso también es importante. Cuando una persona encuentra algo verdadero, cambia. No porque la obliguen. Sino porque por dentro algo despierta. Quizá esta imagen tiene mucho que decirnos hoy. Porque todos llevamos un “cántaro”. Todos buscamos llenar algo. Todos tenemos sed de algo: de cariño, de aceptación, de paz, de futuro, de sentido.

La pregunta es: ¿Dónde estoy buscando apagar mi sed? Porque no todo lo que promete llenar... llena de verdad. Y quizá Jesús sigue diciendo hoy lo mismo: Si vienes a mí con lo que eres, con tus heridas, con tus preguntas y con tu historia... yo puedo darte algo que el mundo no puede darte. Y quizá esa es la gran pregunta que deja esta imagen: **¿Qué sed llevo dentro...y dónde estoy intentando apagarla?**

Al final del pasillo nos quedamos con la última imagen del Centro (de momento). Se trata del “Buen Samaritano”. Y leemos **“Ve y haz tu lo mismo...”**

Lucas 10, 25-37: En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». ²⁶Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». ²⁷Él respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo». ²⁸Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». ²⁹Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?». ³⁰Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. ³¹Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. ³²Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. ³³Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al



verlo, se compadeció, ³⁴y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. ³⁵Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ³⁶¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». ³⁷Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

Cuando miramos esta imagen vemos a un niño pequeño, solo, en un lugar oscuro, casi como perdido. Lleva un osito en la mano, como si fuera lo único que le queda. Y delante de él aparece una mano adulta tendida, ofreciéndose para ayudarlo. Es una imagen muy fuerte. Porque todos entendemos lo que significa una mano tendida. Significa ayuda. Significa que alguien no te deja solo. Significa que, cuando no puedes seguir, alguien te sostiene. Y esta imagen nos lleva a una de las parábolas más conocidas de Jesús: la del Buen Samaritano.

Jesús cuenta la historia de un hombre que había sido asaltado y dejado medio muerto en el camino. Pasaron varias personas a su lado. Lo vieron. Y siguieron de largo. Eso es importante. Porque no es que no se dieran cuenta. Lo vieron. Pero eligieron no complicarse. Hasta que llegó un samaritano, alguien que además pertenecía a un pueblo mal visto por los judíos de aquella época. Y fue precisamente él quien se detuvo. Se acercó. Curó sus heridas. Lo cargó. Lo llevó a un lugar seguro. Y pagó para que cuidaran de él. Al terminar la historia, Jesús hace una pregunta: ¿quién fue el verdadero prójimo? Y después dice la frase que aparece en esta pared: “Ve y haz tú lo mismo.”

Eso es lo importante. No se trata solo de admirar la historia. Se trata de vivirla. Porque todos, alguna vez, somos como ese niño de la imagen. Todos tenemos momentos oscuros. Momentos de miedo. De dolor. De sentirnos perdidos. De sentir que nadie entiende lo que nos pasa. Y quizá algunos de vosotros habéis pasado por momentos así: problemas en casa, soledad, ansiedad, rechazo, heridas que no se ven. Y muchas veces uno aprende a llevarlas solo, como puede.

Pero esta imagen recuerda algo importante: nadie debería atravesar la vida completamente solo. Todos necesitamos manos tendidas. Y también todos podemos ser esa mano para alguien. Eso es lo que Jesús quiere enseñar. Ser buena persona no es solo no hacer daño. Es detenerse. Es mirar. Es implicarse. Es no pasar de largo. Y eso hoy tiene mucho sentido. Porque vivimos en una cultura donde es fácil acostumbrarse al dolor ajeno. Ver problemas y pensar: “no es asunto mío.” Ver a alguien hundido y seguir mirando el móvil. Ver a alguien solo y no acercarse. Ver injusticias y callar. Eso también es pasar de largo. Y Jesús es muy claro: amar al prójimo no es una teoría. Es acción. Es hacerse cargo.

La imagen del niño con el osito tiene todavía algo más profundo. El osito representa fragilidad. La parte pequeña, vulnerable, herida de una persona. Y aunque crezcamos, todos seguimos llevando dentro algo frágil. Algo que necesita cuidado. Por eso muchas veces, cuando alguien actúa con agresividad o dureza, detrás puede haber heridas que no vemos. Y eso cambia la mirada. No para justificarlo todo. Pero sí para aprender a mirar con más compasión.

El Buen Samaritano no pregunta primero: “¿Qué te ha pasado?” “¿Te lo has buscado?” “¿Es culpa tuya?” Primero cura. Primero ayuda. Primero acompaña. Eso es lo que hace el amor verdadero. Y quizá eso es también lo que hace falta hoy en un centro educativo. No solo aprender contenidos. Sino aprender humanidad. Aprender a detectar al que está mal. Al que se está apagando. Al que necesita ayuda. Porque a veces salvar a alguien empieza con algo muy pequeño: una conversación, un gesto, una defensa, una escucha, una mano tendida. Y quizá la pregunta que deja esta imagen es muy sencilla: **Cuando me encuentre con alguien herido por la vida... ¿pasaré de largo...o me atreveré a tender la mano?**